

ARIANNA GONZÁLEZ Y NADIA FERRÁN

EL HADA PERDIDA





EL HADA

PERDIDA

Arianna González y Nadia Ferran

El Hada Perdida

Primera Edición: junio 2020

© Nadia Ferrán y Arianna González

Sobre esta edición: NF y AGO

Revisión: Bruce A. Giannini

Composición gráfica: Jonas Perez

Portada: Araceli Burtaccio

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción, transmisión, o almacenaje de cualquier parte de este libro de manera o medio alguno, sin previa autorización del autor, exceptuando el uso de citas breves para reseñas periodísticas.

El autor ha hecho todo el esfuerzo para asegurarse de que la información de este libro es exacta y completa. No asume ninguna responsabilidad por errores u omisiones inadvertidas o inexactas.

Un regalo para aquellos que de niños creímos en la magia, un regalo para los niños que seremos siempre...

NF y AGO



CAPÍTULO I

La división del reino

Quizás pocos lo sepan, pero existe un mundo secreto más allá de aquél que todos conocemos; un mundo donde la luz y la oscuridad no logran abrazarse. En éste mágico mundo sucedió, hace ya mucho tiempo, una historia protagonizada por hadas guerreras, que fue escrita pero jamás contada, ni siquiera por el viento que muchas veces susurra cabizbajo por tantos secretos guardados.

Todo comenzó en un día lluvioso, cuando el rey de las Hadas de *La Luz* abrió un portal prohibido que lo llevaría al mundo de los humanos. Sus alas brillantes se desplegaron, depositó a su pequeña princesa de apenas meses en una cesta, y con ella atravesó el fino velo de aquel portal, apareciendo en un acantilado de abundantes hierbas puntiagudas. El mar desenca-denaba su furia contra las rocas, atormentado por el viento que lo volvía aún más inestable. El rey voló con las pocas fuerzas que le quedaban. Acababa de perder la batalla contra el rey oscuro, líder del Reino de las Hadas de *La Oscuridad*.

Cuando ya sus alas le reclamaron descanso, el rey llamado Doncan, decidió reposar en una gruesa rama de árbol. Cargaba

no sólo con cansancio, sino también con el dolor de su reino que lloró la pérdida de tal vez, la guerrera más hermosa, su hada reina de *La Luz*. Según dicen, no hay nada más doloroso y conmovedor que el llanto de un hada.

Nunca nadie había sido capaz de revelarse ante el Reino de las Hadas. Pero un amor no correspondido desencadenó una feroz guerra y con ella la pérdida de muchos de sus queridos habitantes, entre ellos la de su admirada reina Midala; y tan ciega de odio fue aquella batalla, que por poco se lleva también la vida de su princesa hija llamada Mirella. El rey Doncan, envuelto en la desesperación de la derrota, decidió tomar la difícil decisión de abandonar la batalla y volar muy lejos, con el fin de poner a su amada hija, su única heredera, a salvo.

La imposición de las leyes supremas escritas por las hadas ancestrales, había provocado una confrontación en el Reino de las Hadas que originalmente era uno. Una de esas tantas normas de convivencia dejaba claramente escrito que: bajo ningún concepto una pareja podía tener hijos hasta llegada su edad madura. Pero el destino hizo que Midala y Doncan rompieran con aquella ley y les regaló una hija a la que llamaron Mirella. Trataron de ocultar el fruto de su amor todo cuanto pudieron, pero un día de descuidos varios, Randon, resentido por el rechazo de Mirella poco antes de elegir a Doncan como su pareja, dio a conocer para todo el reino lo que la pareja ocultaba, y allí fue cuando se produjo la división del reino: Doncan y Midala fueron expulsados, pero muchos los siguieron y proclamaron como sus reyes a la joven pareja, fundando tiempo después y en otras tierras el Reino de las Hadas de *La Luz*.

Randon, sucumbido por el resentimiento hacia aquella pareja, se tomó un tiempo para formar a los mejores guerreros y

éstos lo llamaron rey, transformando a aquel original Reino de Hadas, en el Reino de la Oscuridad.

Randon estuvo obsesionado con aquella hada que se convirtió en la reina Midala, la quiso poseer, y por tal motivo, pasado un largo tiempo, ya nacida la hija de la pareja Real, decidió invadir con sus guerreros el Reino de la Luz, a fin de matar a Doncan y a su hija, para así debilitar física y espiritualmente a Midala, y que ella lo aceptase a él como su nuevo rey, pero algo en los planes de aquella batalla falló, y quien murió fue Midala, salvando la vida de su princesa hija.

Doncan despertó de su largo reposo en la rama del árbol algo sobresaltado. En su mente pesaba la imagen de la muerte de Midala en manos de Randon. Se mostraba cansado, abrumado por tanta crueldad. Miró con ternura a su princesa hija que aún dormía; ella era ahora su esperanza de vida, en ella podía ver y sentirse cerca de su amada y perdida reina. Un pensamiento pareció llamar su propia atención, y meneó un sí con la cabeza diciéndole a su hija, quien aunque estuviese despierta tampoco entendería.

—Mirella es el nombre que te dimos con tu madre, hija mía, y ese nombre lo llevarás en tu recuerdo más íntimo, porque la gente te conocerá como Luz, princesa de precisamente el Reino de la Luz, reino que llegado el momento, tendrás que recomponer, uniendo nuevamente a todas las hadas que por corazones oscuros, han sido divididas aun sin ellas quererlo así.

Pero Doncan sabía que debía alejar a su hija de aquellas regiones para mantenerla realmente a salvo, y el único lugar posible para eso era entre los seres humanos; entendía que allí las fuerzas

oscuras de Randon no tendrían poder y les resultaría imposible detectar a la princesa ahora llamada Luz.

Como si lo hubiera escuchado, Luz comenzó a moverse dentro de la cesta y luego despertó desplegando débilmente sus alas; debía aprender a utilizarlas pero también a ocultarlas de la vista de los humanos que posiblemente, la calificarían como una mutante entre ellos. Duncan contempló con ternura la belleza de su hija: el color azul de sus ojos y el blanco nieve de su cabello. Con un suave movimiento para apartar un mechón de cabello que le cubría la mitad del rostro, el rey dejó al descubierto un collar que colgaba del cuello de la pequeña hada. Era un hermoso rubí que fue regalado por el rey Randon a Midala cuando pretendió conquistarla, y ésta última se lo había obsequiado a su hija al nacer. Para ella significaba una ofrenda de paz, lo que nunca llegó a saber la verdad que se escondía detrás de aquella piedra.

Doncan tomó una vez más la cesta donde ocultaba a su hija y voló durante horas hasta llegar a cercanas regiones habitadas por seres humanos. Se detuvo dentro de un bosque de pinos que dejaba ver algunos animales salvajes desplazándose entre la maleza. El lugar no le resultó el más seguro, por lo que prefirió volar algunas millas más, y descubrió un pequeño valle que vislumbraba el cuerpo de una choza a modo de casa. Se veía algo lúgubre, más aún en un terreno tan descuidado.

No sabía si la choza estaba habitada, por lo que prefirió ocultarse detrás de una pila de madera que se levantaba a modo de pared. La tarde caía fresca. De pronto, una pareja de niños salió de la casa junto a su perro y se dirigieron hacia una huerta cercana, Doncan los miró pensativo y luego llevó la vista a su hija aún oculta en la cesta; aun con todo el dolor del alma, dejaría a su hija junto a aquella familia de humanos. La tomó en brazos y se contemplaron mutuamente, la princesa parecía hablarle con la mirada y decirle: “Estaré bien padre, no temas”.

Luz se volvió a dormir. Doncan cobró confianza y tras ver a los niños y al perro que volvían a ingresar en la casa, dijo varias palabras mágicas y pereció su encanto ancestral; el cabello de Luz se volvió oscuro y sus alas desaparecieron, el rubí que colgaba de su cuello se convirtió en una piedra; sólo sus ojos se mantuvieron del mismo color aunque en un tono de azul celeste más intenso.

—Vivirás una vida sana como humana. Algún día este encanto se romperá, encontrarás una muerte tranquila y llena de bondad... —dijo con tristeza.

El rey se acercó silencioso hasta la entrada de la casa y junto a la puerta, dejó a Luz aún en la cesta, con un envoltorio de piedras preciosas de las que le gustaban a los seres humanos; entendía que eso ayudaría a los humanos en caso de necesidades económicas. El rey volvió a utilizar su poder ancestral y en el polvillo del suelo se dejó leer: “Mirella Luz”. Una lágrima de Doncan cayó sobre la niña aún dormida, y ésta despertó llorando, era la manera en que el rey entendía que los dueños de casa sabrían de ella y la auxiliarían.

El rey desplegó rápidamente sus alas y voló veloz de regreso al portal, debía regresar a su mundo y salvar lo poco que quedaba de su caída monarquía.

Doncan llegó tiempo después a su viejo reino, reunió a unos pocos desertores y liberó una nueva y sangrienta batalla contra las fuerzas del rey Randon, pero no pudo contra su enemigo y murió

como un verdadero héroe.

Entonces, sucedió lo inevitable, caído el rey de las hadas de La luz, el Reino de las Hadas se sumergió en las tinieblas y el rey Randon adquirió un cambio de aspecto en su fisonomía, su figura ya no era angelical sino más bien demoníaca. Sus alas

dejaron de ser majestuosas volviéndose unas plumas puntiagudas y cortantes.

Pero no fue eso lo más significativo del caso, sino que una especie de castigo divino, provocado por las hadas ancestrales tal vez, cayó sobre el rey oscuro cuyo hijo, nombrado como el príncipe Narc, de edad cercana a la adolescencia, también experimentó los mismos cambios físicos que su padre y atemorizado y avergonzado de sí mismo, huyó del reino abandonando el palacio y refugiándose en un bosque para que nadie supiese más nada de él.

El castigo para el rey Randon fue perder a su preciado hijo por la codicia de un amor imposible que lo llevó a cometer incontables cantidades de muertes. Así fue como un mundo de penumbras se apoderó del reino y las hadas de La Luz se apagaron, perdiendo toda la fe ante tanto sufrimiento padecido.

La luz se apagó por completo en aquel reino envuelto en tinieblas y todo se tornó triste, infeliz. El rey de la *Oscuridad* se encerró en su palacio, seguramente arrepentido de haber llevado al mundo de las hadas a la destrucción.

Ya no podía pedir perdón, el rey de La *Luz* había muerto y según entendía, con él toda su estirpe, ya que también imaginaba muerta a la princesa Luz, cuyo nombre y paradero desconocía.



CAPÍTULO II

En diálogo con la naturaleza

En ese otro mundo al que fuera llevada Luz, y que era habitado por seres humanos, nadie sabía de magia, excepto el rey de Nitro y su despechada esposa. No se sabía con exactitud qué edad se

vivía, pero eran tiempos remotos. Se conocían por entonces varios reinos medievales. Uno de ellos era conocido con el nombre de Nitro, por él pasaban todos los circuitos de comunicación y comercialización con otros imperios dada la vastedad de su puerto marítimo. Tan importante era aquel lugar para la estrategia comercial, que cada tanto algún ojo oscuro se posaba sobre él ambicionando poder y desataba su asedio, hasta entonces rechazado por las sofisticadas defensas del reino de Nitro.

En el seno de un valle rodeado de bosques y montañas, que más allá dejaban ver el reino de Nitro, vivía la nueva familia adoptiva de Luz, compuesta hasta poco antes de su llegada por Filipp, su esposa Elisabet, y sus hijos Artur y Ester.

Filipp era un humilde padre de familia, de profesión agri-cultor, que había sabido labrar la tierra para levantar sus pro-

pias huertas cercanas a su casa, que cobraba la forma de choza construida con paredes de barro. Los frutos y la caza eran su fuente alimenticia. Y la leña que recolectaba de los bosques le permitía una entrada de dinero al venderla en el mercado del reino de Nitro.

Filipp provenía de una familia noble caída en desgracia.

Elisabet supo pertenecer a la clase media; era una mujer algo llamativa: su cuerpo delgado resaltaba una bella silueta, algo poco común para las lenguas indiscretas de otras señoras, dado que había pasado por dos embarazos. Pero para Elisabet no eran importantes los comentarios de los demás. Prefería utilizar sus energías en realizar trabajos de costuras por las ma-

ñanas, y en las tardes, mientras sus hijos jugaban, aprovechaba para escabullirse en el patio trasero de la choza de barro donde vivían, y leer a escondidas un libro que cuidaba celosamente desde su adolescencia.

Sus hijos eran el orgullo de ella y de su marido. Como tantas noches, Elisabet estaba acostando a los niños que habían jugado todo el día cerca de la huerta. Filipp se mostraba pensativo sentado en un viejo sillón donde la luz llegaba tenue, tenía la mirada perdida en un cuadro antiguo que colgaba de la pared de barro más cercana, le preocupaba que se acercaba la fecha en la que los inspectores del reino de Nitro pasarían a cobrarle los impuestos, y aún no llegaba a completar el total del dinero a abonar ni juntando las ganancias de las cosechas y de la venta de leña. Una vez dormidos los niños, Elisabet se acercó a su esposo colocando suavemente su mano en el hombro de Filipp, en señal de que todo estaría bien. De pronto sucedió lo que la pareja jamás hubieran pensado presenciar, escucharon el llanto de una criatura proveniente del exterior de la casa; se trataba de Luz, que había sido dejada por su padre junto a la puerta

de entrada. Filipp saltó del sillón y nervioso caminó hacia la puerta, Elisabet lo alcanzó a pasos apresurados.

Filip abrió esperando hallar a alguna persona adulta pero al mirar hacia abajo, descubrieron con su esposa a la niña Luz y ambos la miraron anonadados. Elisabet tomó la cesta para re-fugiar a la niña dentro de la casa, y Pilipp dio un par de vueltas alrededor de la vivienda buscando a quién pudiera haberla de-jado allí, pero sin hallar a nadie.

Cuando volvió hacia el interior de la casa encontró a su mujer dándole calor a la niña cercana al horno de barro en el que preparaban la comida.

—No hallé a nadie. No entiendo ¿quién y por qué dejaron a esta niña abandonada? Y encima justamente a nosotros que no tenemos ni para pagar los próximos impuestos —dijo desesperado Pilipp, mirando a Elisabet que acunaba en brazos a Luz. Hacía tiempo que no llovía en aquella región, y ya no sabían a qué Dios rezarle para que cayeran algunas salvadoras gotas que alimentasen la tierra produciendo frutos—. No podremos quedarnos con esta niña. Mañana la llevaré al reino y la ofreceré en adopción a alguna familia con dinero —Elisabet dejó de mirar a su marido, llevó la vista a la niña que parecía inquieta, como si entendiera las palabras de Pilipp. Al llevar luego la vista hacia la cesta Elisabet descubrió el envoltorio de piedras preciosas en un rincón, y con la misma mirada se lo señaló a su marido para que se fijase qué había dentro. Cuando Pilipp lo tomó, Luz abrió sus ojos azules y sonrió mirando a Elisabet, mientras el hombre empezaba a sacar aquellas joyas que les servirían no sólo para ponerse al día con los impuestos, sino para vivir durante meses sin ningún tipo de problema.

—La niña se queda aquí con nosotros, seremos su familia, la criaremos como a una hija más — aseguró Elisabet casi en

tono desafiante, sin dar lugar a que su marido se opusiera—.

Debemos ponerle un nombre —pensó Elisabet, y Pilipp recordó:

—Oh no espera, quien la dejó escribió su nombre en el suelo junto a la entrada, estaba tan nervioso por todo que lo pasé por alto, ya vengo... —y el hombre volvió hacia la puerta y al abrir leyó: “Mirella Luz”. Regresó entonces con su mujer diciendo—. Mirella Luz, esos son sus nombres.

—Pues para nosotros será Luz Mirella, y la llamaremos Luz, por haber llegado a nuestras vidas como una bendición divina —reflexionó Elisabet mirando a Luz, y ésta, como si entendiera, le sonrió en respuesta.

Así fue como la pequeña hada encontró una nueva familia. Artur con tan sólo ocho años, y Ester con seis, no comprendían la llegada de Luz, la miraban con recelo, pero con el correr de los días la aceptaron como su nueva hermana y la empezaron a querer como tal.

Con el paso de los años, los tres niños coincidieron en ayudar a sus padres, y por las mañanas marchaban hacia los bosques cercanos en búsqueda de leña para vender en el reino; sin olvidar sus juegos de niños entre los que se divertían persiguiendo conejos, o a las orillas de un arroyo que bajaba de la montaña más cercana al valle.

Pero pronto se avecinaría un año de sequía. La sabia naturaleza lo anunciaba poco a poco y en el puerto del reino, los capitanes de balsas pesqueras, experimentados en la meteorología en sus constantes batallas con el mar, así lo confirmaban.

A muchos campesinos les cambió el humor, les preocupaba su futuro.

En la casa de Filipp y Elisabet se apagaron las risas y se acortaron las charlas; el lugar se volvió

silencioso. Los viajes

al reino también disminuyeron. Creció el porcentaje de gente que se volcó a la recolección y venta de leña, lo cual disminuyó considerablemente las ventas de Pilipp.

Una tarde de verano, promediando el mes de agosto, Elisabet ingresó a la casa con lágrimas en los ojos, y desesperada se echó a llorar en la cama. No reparó en que Luz jugaba en un rincón, entretenida con una muñeca de trapo que había hecho para su hermana Ester. La niña, al ver llorar a su madre se acercó para intentar consolarla. La mujer intentó disimular su tristeza, se secó las lágrimas y con una sonrisa la abrazó con fuerza y le susurró:

—La tierra no nos está dando frutos. Necesitamos que llueva...

Luego se secó los ojos y fingió que no estaba triste, pero Luz sabía que no era así y que para atraer felicidad, era necesario que el huerto prosperase. Por tal motivo, al rato salió afuera y miró enojada a toda la naturaleza, a su suelo y plantas, cómo preguntándoles: ¿Cómo se atrevían a hacer llorar a su madre?

Decidida, la niña caminó entre la tierra labrada pero seca, y se sentó en silencio pero concentrada como para realizar un ritual personal. Llevaba un vestido blanco que fue alguna vez de Ester, su hermana nunca se hubiera sentado en aquel lugar, al menos, no luciendo un vestido blanco. Pero Luz era diferente, la naturaleza era su hogar y por eso se sentía a gusto de cualquier manera. Se recostó boca abajo y acarició la tierra, susurrándole algunas palabras en voz baja: “Esta noche recibirás bendición divina, y luego harás tu trabajo”; Luz desprendió algunas lágrimas que se disolvieron rápidamente en aquella tierra tan seca.

Así fue como durante la madrugada se produjo el milagro.

Todos dormían cuando una fina y constante llovizna abrazó la tierra, despertando a Pilipp y a Elisabet que de inmediato se asomaron a la ventana más cercana y festejaron lo que sucedía despertando a Artur, a Ester, y también a Luz, quien algo rezagada sonreía por el milagro que había logrado. Aquella madrugada la familia bailó al ritmo del viento que golpeaba las ventanas. Ninguno de ellos sabía que Luz había sido la causante de aquel milagro, y durante mucho tiempo nadie se percató tampoco, de que Luz tenía el poder de hablar con las plantas, y sentir sus necesidades.

Gracias al poder de la niña, la huerta se volvió próspera y generó todo tipos de verduras, los árboles dieron sus frutos, y el molino reboseó de agua. Pero no todos tenían paz, en la región del reino aún no llovía y continuaban atravesando momentos difíciles. Aquel pequeño espacio de tierra que perteneciera a Pilipp y a su familia se había convertido en una especie de paraíso terrenal. Gradualmente fueron adquiriendo poder económico; esto les permitió ocupar una mejor posición dentro de la sociedad, y construirse en el mismo lugar una casa más grande y sólida, anexando un establo en su parte trasera. Tal fue así, que Luz llegó a su edad adolescente siendo una bella joven cortejada por más de un noble del reino.

Ester se comprometió con el Conde Damon, primo Edric, el hijo del rey de Nitro. Artur en cambio aún jugaba con su soltería. Luz era conocida en aquellas tierras por sus hermosos ojos azules celestes, y por diseñar las prendas más bellas de todo el reino; sus vestidos eran realizados por

una excelente lana que extraían al esquilan las ovejas que ahora también criaba Pilipp. Luz había sin duda potenciado el trabajo y regalado una

mejor vida a aquella familia, sus padres la llamaban nuestra

“Niña de la luz”.

Elisabet nunca le prestó atención a la reacción de las plantas cuando su hija Luz andaba cerca de ellas, pues tomaban un color más intenso y brillaban florecientes; tampoco se dio cuenta de que las verduras del huerto no crecían si ella no les cantaba. Pero el poder del hada no sólo funcionaba en la flora, también tenía incidencia en los animales, pues las ovejas de Pilipp no lo obedecían a él sino a Luz.

Luego de un tiempo, a mediados de un frío diciembre de crudo invierno, Luz comenzó a padecer una extraña enfermedad. Sus hermanos y su madre se turnaban para no dejarla sola. Tal era la preocupación de toda la familia que Pilipp, desesperado por ver a su hija en ese estado, se dirigió hacia el reino en busca del mejor médico que pudiera salvarla. No le importaba el dinero que le costase, así fuesen todos los ahorros recaudados durante tantos años de esfuerzo y dedicación, sólo deseaba la salud de Luz, verla envolver con su hermosa esencia todo aquello que la rodeaba.

Fuera de la casa el panorama era tan desalentador como dentro: las rosas que gracias a Luz solían resistir el frío del invierno se fueron marchitando, como así también la huerta; los animales no comían, y en la atmósfera se respiraba un aire moribundo, el mismo que vislumbrara años atrás poco antes de la llegada de Luz. Y por si fuera poco, la piedra de rubí del collar de Luz estaba más caliente que nunca, como si fuese una fuente de energía tan fuerte como el sol.

En un momento de distracción de Elisabet y sus otros hijos, Luz, buscando hacer el menor ruido posible bajó de la cama y se arrastró hacia fuera, y se durmió entre las rosas espinadas y marchitadas del jardín como si pudiera sentir su llanto.

Era extraño, pero a pesar del frío de aquel invierno su cuerpo se mantenía caliente.

Su madre y sus hermanos la empezaron a buscar por el interior de la casa y fue Artur, quien al salir afuera, la descubrió envuelta en hojas verdes y rodeada de rosas que buscaban protegerla. Ante tan inesperada escena, Artur llamó de inmediato a su madre y ésta se acercó corriendo junto a Ester. Elisabet comprendió entonces que Luz no era una doncella como las demás, que debía cuidar especialmente de ella, porque en su interior había algo especial, algo que le permitía comunicarse con la naturaleza; como sabía también, que si algún poblador del reino se enteraba de los poderes sobrenaturales de Luz, acusarían a toda su familia de practicar magia oscura y eso les podía costar la vida a todos ellos; en aquel reino la hechicería se pagaba con la muerte. Fue por eso que les hizo jurar a Artur y a Ester, que por nada del mundo contarán a nadie lo que acababan de ver.

Más tarde llegó Filipp en compañía de un médico altamente distinguido. La belleza y fama de Luz habían impresionado al rey de Nitro, por lo que éste se ofreció a enviar al propio médico de la Casa Real en su ayuda. Al verla, el visitante enmudeció, pues la belleza de Luz le robó por un momento el aliento. Cuando se volvió a concentrar en su tarea, la examinó cuidadosamente intentando saber qué enfermedad le aquejaba.

Vio que en su espalda había dos pequeñas líneas, justo sobre la altura de sus pulmones, esa zona del cuerpo estaba enrojecida y desprendía un calor poco común, como si su cuerpo estuviera reteniendo una extraña energía. El médico le recetó varios medicamentos y recomendó que se la trasladara a la parte Este de la casa, donde había altos ventanales con vista al jardín.

Al día siguiente la flora de aquel lugar volvió a cobrar vida, y con el correr de las horas las plantas crecieron buscando alcanzar la ventana de la habitación donde aún permanecía Luz, como para abrazarse a ella en gratitud. La joven adolescente se fue reponiendo hasta cobrar todas sus energías y cuando se levantó, se dio cuenta de que algo en ella había madurado: se había convertido en mujer, tal vez la más bella de todo aquel Reino de Nitro.

Tal fue así que algunos la llamaron “La hermosa dama del Valle”, y se hizo conocida en otros reinos despertando la curiosidad de más de un hombre interesado en conocerla. Elisabet y Filipp trataron de que evitase llamar la atención, pero el nombre de su hija ya era demasiado popular.

Pero a Luz no le interesaba aquella fama y se volvió más reservada y madura; a pesar de tener el don de hablar con las plantas y diseñar los más hermosos vestidos, se sentía extraña ante los demás.

Tiempo después su hermano Artur partió a una de las tantas guerras que asolaban al reino, y meses más tarde regresó condecorado como general.

Como tantos otros días, Luz estaba en el jardín cuando vio llegar a su hermano rodeado de varios soldados a caballo.

Sus ojos se iluminaron al verlo de regreso, pero se detuvieron en la figura de un joven que cabalgaba a la par de su hermano.

Era atractivo y muy caballero en sus modales. Desmontaron de sus caballos y dejó que Artur y Luz se saludaran con un fraternal abrazo de hermano, y luego se acercó a ella que de inmediato le tendió la mano.

—Un gusto conocerla, señorita Luz, mi nombre es... —

Artur tosió, y su compañero se distrajo un instante—. Edric Miller —completó luego.

El rostro de Luz palideció ante la mirada seductora de aquel hombre. Nunca ningún otro hombre que no fuesen su hermano y su padre había tocado sus manos. Aquel fue un primer contacto dulce y fascinante. Su mirada la llenó de una sensación cálida y acogedora.

—El gusto es mío, señor Miller —respondió Luz tímidamente.

Y se contemplaron un instante más hasta que Artur lo invitó a conocer al resto de la familia. Para sorpresa de Luz, el joven se quedó esa noche a cenar; los demás soldados retornaron a sus hogares.

Luz se mostró inquieta durante el transcurso de toda la cena, tanto, que sus manos se volvieron algo torpes y sudorosas.

Su comportamiento retraído le pareció gracioso a su hermana Ester, quien se burló de ella en varios momentos de la noche.

Pero Luz podía sentir la tensión de todos en la mesa, como si intentaran no cometer ningún error ante aquel visitante.

Luego de la cena y de un té digestivo, Luz se sentó junto al piano y deleitó a todos, pero en especial al invitado, con sus bellas melodías.

Sus familiares no sabían cómo Luz había aprendido a tocar el piano. Ella aseguró que simplemente, un día se sentó en el banco, cerró los ojos y comenzó a palpar cada tecla del piano resultándole familiar, como si ya lo hubiera aprendido a tocar en algún lugar, y fundamentalmente, como si cada partitura formara parte de su ser. Luz tocaba así, trasladando su magia a las teclas del instrumento. Aquellas melodías daban la sensación de estar escuchando el sonido del viento, o el murmullo del agua cristalina que baja de las montañas y se desliza por el arroyo.

Pasado un largo rato de velada musical, todos coincidieron en ir a descansar. El joven Miller dormiría como correspondía en el cuarto de invitados, en la parte Norte de la casa. Lejos de Luz por cierto, que si pretendía tener algún tipo de acercamiento con él debía atravesar toda la casa, aunque de hacerlo, no sabría con qué excusa y por si fuera poco, sus padres le tenían prohibido a sus hijos entablar un vínculo con alguien que no fuera de su mismo sexo. Luz pasó entonces toda la noche despierta, con el corazón acelerado pensando en el joven Miller. Deseaba conocerlo más y saber de dónde provenía, él se había mantenido muy reservado al respecto.

Pensaba en que su hermana Ester pronto se casaría y se alejaría de su familia; ella también debía comprometerse, ya estaba en edad de hacerlo.

El joven Miller se fue en la mañana, se despidió de Luz besándole una vez más la suave mano, ella se sintió desbordada por las sensaciones de deseo por él; un cosquilleo de mari-posas nunca antes experimentado estalló revoloteando en su estómago.

El joven despegó sus labios de la mano de Luz en un movimiento lento, y con la mirada fija en ella, como prometiendo en silencio un nuevo encuentro.

Semanas después de aquella visita, una invitación del palacio Real llegó a la casa de la familia de Luz. Se celebraría en aquel lugar el compromiso de su hermana Ester y del conde, primo del rey.

Ester no cabía en sí misma de tanta felicidad. Como se acostumbraba por aquellos tiempos, nunca había visto a su futuro esposo, pero en el reino no se hablaba de otra cosa que no fuera de la gallardía, generosidad, y del elegante aspecto de

aquél. Decían que parecía hermano del príncipe y que ambos tenían rostros angelicales.

Por su parte, Luz sólo tenía un deseo, volver a ver al joven Miller. Se abocó entonces a la tarea de realizar tres hermosos vestidos que dejaron a su madre y a su hermana sin aliento.

Ester iría a aquella ceremonia vestida de rojo, su madre de verde esmeralda, y Luz de blanco. A su padre y a su hermano les creó atuendos que pocos podrían permitirse llevar en el reino.

Prepararon un carruaje y partieron rumbo al palacio.

Llegaron en horas del atardecer. El palacio era incluso más hermoso que en los cuadros que habían visto. Al bajar Luz del carruaje, los nobles presentes que iban entrando se detuvieron anonadados por su belleza; y no se trataba de que Ester no fuese bonita, pero tenía una hermosura clásica, diferente a la de Luz que rompía todos los esquemas con sus ojos azules celestes como el cristal. Pero que la gente no sacara la vista de ella la incomodaba, y Ester al notarlo, se le acercó y cariñosamente la tomó del brazo, Luz se sintió más a gusto al interpretar que su hermana no le guardaba rencor por su belleza, puesto que aquel era su día especial, pero era Luz quien robaba la atención de todo el público.

—No temas, eres demasiado hermosa. Tu belleza es el espejo que refleja la belleza de todas las flores de este jardín que se vuelven tímidas con la mirada de sus espectadores. Todos te miran porque no hay nadie en este reino que guarde la pureza de tu alma y la hermosura de tu rostro, y ahora mismo me siento la hermana más afortunada de estas tierras. Eres especial mi querida Luz y, ¡Me siento muy orgullosa de ti! —le susurró su hermana.

La sonrisa de Ester amortiguó todos sus miedos, y tomadas de la mano entraron juntas al gran salón.

El conde fue al encuentro de ambas hermanas y, en efecto, era hermoso cuanto o más de lo que habían dicho en el reino.

Ester se quedó paralizada al verlo, su cuerpo estaba tenso y de su boca no salía palabra alguna. En otras circunstancias, Luz se habría burlado, pero recordó cómo se sintió ella cuando Edric visitó su casa, y supuso que su hermana experimentaba una sensación similar para con el conde.

—Es un gusto por fin conocerla, señorita Ester. Soy el Conde Eduard Damon, y he estado esperando por usted.

—El placer es mío, Conde Damon. Le presento a mi hermana, Luz Henderson —dijo Ester señalándola.

—He oído hablar de usted, los rumores no le hacen justicia —dijo inclinándose ante ambas.

El conde las guió hacia un ala preferencial del salón. El hombre parecía cordial y amable, pero había algo en su mirada que a Luz la llenaba de inquietud, haciéndola permanecer alerta. Cuando estuvieron en el ala preferencial del salón, la orquesta de la Casa Real se detuvo para que hicieran su entrada el rey y la reina de Nitro. Luego anunciaron al Príncipe. Entre protocolos Reales, Luz miraba hacia todas partes, distraída, en busca del noble que su hermano llevó a su casa, pero no estaba por ningún lado y su corazón empezó a dudar si lo hallaría allí.

Si no lo encontraba, sus padres escogerían a otro candidato para comprometerla y ella antes que eso ocurriese, deseaba verlo al menos una vez más. Permaneció con la cabeza gacha por un rato, como ocultando su frustración. El baile había perdido el encanto pero debía aguantar, pues la familia Real debía ser respetada. Además, aquella ceremonia significaba también un gran acontecimiento para su hermana Ester y debía cumplirle. Pero había tantas personas que tal vez si se escabullía en dirección del jardín, nadie lo notaría.

Con la cabeza gacha empezó a abrirse paso entre la gente, intentando pasar desapercibida. Logró llegar a una especie de balcón que lindaba con el jardín, respiró el aire puro del mar que golpeaba las cercanas murallas del palacio, y decidió recorrer el colorido jardín hasta que encontró un solitario banco donde se sentó, rodeada por un rosal de rosas rojas que brillaban como rubíes. El aroma de las flores era tan penetrante que pareció infiltrarse en su corazón. Estaba cansada y tensa por el largo día, y también algo triste por no haber encontrado lo que su corazón estaba buscando con tantas ansias. De pronto ya no le llamaba la atención el palacio. Se recostó en el banco, y se dejó llevar nuevamente por el aroma de las flores empujadas por la brisa salada que llegaba desde el mar, hasta que finalmente se quedó dormida.

Edric, quien también se encontraba en algún espacio de aquel inmenso salón del palacio, la había visto y seguido con la mirada hasta que Luz se perdió en el jardín. Cuando esto último ocurrió, se encaminó tras sus pasos abriéndose camino entre la gente.



CAPÍTULO III

Un primer acercamiento

Luz despertó en una amplia cama de sábanas de seda. Se levantó sorprendida al recordar que se había quedado dormida en el jardín. Había una ventana abierta en el extremo más lejano de la habitación y de frente, un hombre de espaldas a Luz respiraba el aire exterior. La joven observó la vestimenta de aquel desconocido, lucía una túnica Real que paralizó su corazón describiendo miedo, comprendió que estaba en la habitación del príncipe. No quiso ser descortés, pues una actitud equivocada podía costarle la vida.

—¿Sabes lo qué significa que estés en mi habitación siendo una joven noble? —preguntó el hombre siempre de espaldas a ella.

—Lo siento, su majestad. No deseo ser descortés con usted, pero mi corazón palpita con fuerzas por otra persona, por favor no le cuente a nadie. Es un secreto que guardo, y me gustaría que usted me comprendiera e hiciera lo mismo.

—Mi lady, ¿Se puede saber cuál es el nombre del hombre que la ha cautivado? —le preguntó curioso el Príncipe.

Pero ella no le pudo responder. Había notado algo muy familiar en la voz del príncipe, aunque era más autoritaria y

grave, su tono era amable como la de...Luz caminó lentamente hacia el príncipe, él oyó sus pasos y se dio vuelta clavando sus ojos en los de ella; era diferente pero a la vez la misma persona que ella estaba buscando.

Luz se inclinó asombrada al comprender que hasta entonces lo había tratado con tanta familiaridad. Él la tomó por los hombros diciendo:

—Lamento no haberte dicho que yo era el príncipe Edric, pero tú hermano me dijo que no te agradaban los temas re-lacionados con la Realeza, y en todos los reinos se hablaba de tu belleza e inteligencia, así que tenía mucha curiosidad en conocerte.

—No debió traerme a su habitación... —le respondió Luz de una manera muy formal mientras se apartaba.

—No me hable así, no podía dejarla en el jardín, corría el riesgo de que alguien pudiera describir la figura de una hermosa dama, capaz de opacar la belleza de las rosas de la reina.

Sería un duro golpe para mi madre.

Ella sonrió y bajó tímidamente su mirada dejando ver el rubor de su rostro, su corazón rebosaba de alegría al verlo, pero sabía que su madre no estaría de acuerdo con la relación. Edric había reparado el miedo y la inquietud de Elisabet, cuando la humilde familia entró al palacio y notó que trataba siempre de hacer que Luz pasase desapercibida. Luz debía darle importancia a sus preocupaciones, pues tendría sus razones para alejarse de las personas influyentes. Estaba feliz de haber conocido a Edric, pero ese hombre que ella creía conocer no parecía ser un príncipe. Sabiendo que Edric efectivamente pertenecía a la Realeza, se complicaban las cosas. Además, tampoco podía olvidar que parte de las preocupaciones de su madre no estaban injustificadas en vista de que hablaba con las plantas

y sentía voces en el bosque provenientes de los árboles y los arroyos. Tampoco debía olvidar que las flores brillaban más cuando ella estaba cerca, y que hacía crecer las plantas al acariciarlas. Intentaba ocultarlo, pero a veces era imposible. Incluso dentro de la casa, las enredaderas se escabullían por las paredes y se abrazaban a la ventana, adornándola como si fueran su marco. Su secreto debía permanecer en oculto silencio, por eso no podía ser la mujer del príncipe, pues sería el centro de atención de todo el reino.

—¿No eres feliz, Luz? —preguntó repentinamente el príncipe Edric.

—Lo siento, he estado tan sorprendida, Alteza —respondió ella.

—Para ti soy Edric, regresemos a la fiesta. Dejemos que mi primo celebre su compromiso y después hablaré con mi padre. Estará encantado en conocerte —aseguró el Príncipe.

Ella aceptó tomarlo de las manos y dejó que la guiara hasta el salón. Él sintió que el corazón de Luz latía con fuerzas, pero también intuía la preocupación que por dentro le recorría el cuerpo. Una parte de su mente sentía que aquella felicidad no sería portadora del bien.

El compromiso del Conde Damon y Ester fue la fiesta más hermosa del reino en muchos años. Edric y Luz no dejaban de mirarse mientras los novios bailaban en el salón. Su hermana estaba desbordada de felicidad, sus padres sonreían al verla así e interpretaron que el hombre que amaba le correspondía. Al rato cambiaron la música formal por una un poco más movida yailable, y todos los jóvenes se dirigieron hacia la pista recreada en el centro del salón. Como solía acostumbrarse las parejas se iban intercambiando en cada baile, a Edric le tocó bailar con una condesa que estaba muy interesada en él, y a

Luz con el príncipe de otro reino cercano; tanto Edric como Luz bailaban sin dejar de mirarse, sin prestarle atención a sus respectivas parejas de baile.

Luego volvieron a intercambiarse las parejas y entonces sí, Luz bailó con Edric; era la primera vez que se mostraban juntos y tomados de la mano tan íntimamente en público. El calor de su cuerpo, su respiración, su rostro bajo las velas, todo era una escena especial. No existía un momento más perfecto que aquel. Cuando finalizó la música, Luz regresó junto a sus padres y al ver el rostro triste de su madre, la felicidad que hasta ese momento sentía se tiñó de gris.

Más tarde la familia Henderson regresó a su casa. Todos en silencio excepto Ester, que no podía disimular su alegría y no hacía más que hablar de lo maravilloso que había sido todo.

Luz y Edric se habían prometido volverse a ver en quince días, en el valle cerca del acantilado, relativamente cerca de la casa de ella. Sólo tendría que escabullirse con alguna excusa.

A la mañana siguiente, Luz vio a su hermano Artur salir de la casa para realizar parte de su entrenamiento bélico; solía dirigirse al bosque y allí practicar con su espada. Tenía gran habilidad con ella y Luz sentía curiosidad porque le enseñara a esgrimirla; admiraba como había crecido y madurado su hermano, que ahora era todo un soldado defensor del Reino de Nitro. Luz lo siguió y se detuvo cerca de él, oculta detrás de un árbol, como lo solía hacer siempre. Artur realizó varios movimientos rápidos y en uno de tantos, sus rápidos reflejos le permitieron descubrir una sombra que ahora se ocultaba detrás de unos arbustos cercanos:

—¿No vas a mostrarte? —preguntó.

Luz salió de entre los arbustos y lo miró avergonzada. Entonces le dijo algo que desconcertó a su hermano:

—¿Artur, podrías enseñarme?

Él sonrió antes de responderle.

—Las señoritas tan distinguidas y delicadas no se deben ensuciar las manos esgrimiendo una espada —en tono jocoso.

—Es que me gustaría aprender a defenderme, Artur —

respondió ella.

—¿Pero para qué? Si yo estoy aquí para protegerte —dijo él con una sonrisa.

—Artur, me he enamorado de Edric...madre está preocupada, sabe que expondría mi secreto y mi vida si me convierto en princesa —dijo Luz cambiando el tono de voz y de conversación, sorprendiendo repentinamente a Artur.

—Pensé que sólo tenía curiosidad por ti, no que se enamorarían... —dijo Artur con la voz un poco apagada.

Pensativo, Artur se acercó a un árbol y taló una gruesa rama con extraña forma de bastón. La limpió de hojas y espinas, y le dio su espada a Luz, colocándose él en posición de combate con aquella rama cortada.

—¿Dijiste que querías aprender no? ¡Vamos, adelante, golpea!

Luz imitó su posición y practicaron durante varias horas.

Aquella sería la primera de varias jornadas de entrenamiento que le precederían. Aunque en un principio las aptitudes de Luz en su autodefensa eran pésimas, con el pasar de los días iría perfeccionando su técnica. Artur era consciente de que su hermana era incluso, mejor que muchos soldados de los que él había entrenado en el ejército, porque ella era disciplinada y metódica. Sabía cómo balancear la estabilidad de su cuerpo para golpear con mayor fuerza, y utilizar la técnica para distraer al enemigo. Pero aun así no sabía por qué le enseñaba a luchar, entendía que Luz no tendría nunca la necesidad de portar una

espada, pero de igual forma algo en su corazón lo empujaba enseñarle.

Días más tarde, antes del encuentro con Edric, Luz fue a practicar como había acostumbrado. Sin embargo, al llegar al bosque no encontró a su hermano por ninguna parte, por lo que decidió empezar a entrenar sola hasta que aquél llegase.

Se podía apreciar un rápido conocimiento en sus movimientos con la espada. Y aunque por momentos se avergonzaba de verse con un arma de guerra siendo mujer, se sentía fuerte, enérgica, tal vez por la adrenalina que su amor por Edric le causaba, sentía una sensación diferente que le revolvía el interior y la hacía verse diferente a las demás. Estaba tan concentrada en sus pensamientos, que no se percató de los cambios que experimentaba el bosque. Los pinos se volvieron más verdes, las flores florecían brillantes bajo la mirada del sol; a sus pies, las pequeñas hierbas hacían despertar los capullos, y a su alrededor una aura mística la envolvía cual aureola angelical.

Quizás para ella todo esto resultaba tan familiar que ni siquiera se molestó en distraerse un momento, sin embargo, el grave quejido de un tronco cercano sí llamó su atención y se dio vuelta de inmediato...



CAPÍTULO IV

Buscando revelar el secreto

Luz abrió los ojos entre sorprendida e inquieta al descubrir que se trataba del Conde Damon, y éste hizo un gesto de asombro. Luz bajó el arma y se inclinó en reverencia.

—Milord...

Él alzó una ceja intrigado.

—En el reino, las damas tienen prohibido tocar las armas.

Luz sonrió algo incómoda, pensando qué responder.

—No existe una ley que prohíba a las damas de aprender a defenderse, Milord.

—Son normas de viejos ancestros, señorita Luz. No es atractivo a los ojos de un hombre. Además, habría jurado que el bosque se ve diferente... He cazado mucho por aquí y nunca vi tanto verde, tanta vida por esta región.

Ella lo observaba con atención, le estudiaba la mirada que le brillaba describiendo cierta malicia. Tuvo un poco de miedo, pero no podía dejar que la conversación terminara ahí.

—Mi presencia hace renacer el bosque, Milord, creo que soy la musa de estos páramos.

La verdad era la mejor manera de esconderse, tal vez porque era algo muy difícil de creer. El Conde Damon cambió la expresión en su rostro al comprender que ella se burlaba de él, y serio respondió:

—Vine por Artur, mañana vamos de cacería.

Precisamente el joven aludido se apareció de entre el fo-llaje, cruzaba en su pecho el arco y el carcaj lleno de flechas.

Artur interrumpió de inmediato.

—Lamento llegar tarde, Luz —luego se dirigió al conde recordando—. Un caballero no debe intercambiar palabras con una señorita sin la compañía adecuada, Milord.

—Pronto seremos familia, general Artur, por lo tanto, no creo que haya inconveniente alguno con ello.

Hubo un instante de tensión entre ambos hombres, pero luego el conde se retrotrajo.

—Disculpe si mi presencia la ha inquietado, señorita Luz, no era mi intención —dijo inclinándose, y luego se marchó seguramente en dirección del palacio.

Artur tomó a su hermana de los hombros.

—¿Estás bien? —preguntó algo desconfiado.

Pero Luz se tomó su tiempo en responder, pensaba en aquel conde que le causaba cierto natural rechazo, algo en él no le gustaba, le causaba desconfianza, como si algo oscuro se gestara en su interior; como si escondiese algo detrás de toda aquella embestidura Real.

Luz pensaba en su hermana Ester, podía ocurrir que su felicidad estuviese en peligro.

—Sí, estoy bien. ¿Qué pasa con el Conde? Me da la impresión de que algo trama u oculta...

Su hermano se aseguró de que nadie más hubiese cerca, y luego le explicó.

—Circula un rumor entre los nobles. Dicen que el Conde Damon, sobrino del rey, se ha ganado la confianza del pueblo y a su vez la de muchos nobles, algo que le favorece. Y a pesar de que el príncipe es amado por el reino, se teme que una vez casado el Conde, se pueda alzar una rebelión contra la corona... Si algo así llegase a suceder, Ester se convertiría en la esposa del traidor. Debemos encontrar la manera de romper ese compromiso.

—¡Pero es sólo un rumor! ¡Parece tan familiar al príncipe!

—Luz no podía concebir acabar con la felicidad de su hermana Ester.

—Edric es más joven e incrédulo. Si no está alerta, morirá en manos de quien más confía, es una guerra de poder y no es mi deseo que mis dos hermanas queden atrapadas en el fuego.

—¡No me importa el poder, Artur! —respondió ella cruzando los brazos.

—Pero amas a un príncipe, por lo tanto es en vano no de-searlo. Estás en medio de la lucha, Luz, yo no puedo cuidarlas si no me escuchan. El Conde es el traidor. Intenta hablar con el príncipe, él te escuchará. Debes impedir ese matrimonio.

—¡Pero Ester me odiará!

—Es el único modo, querida hermana...

Esa noche los pensamientos de Luz se dividieron entre el amor por su hermana Ester, y el amor por su deseado príncipe Edric.

A la mañana siguiente Luz invitó a su hermana al jardín.

Ambas se sentaron entre las rosas, Ester ya estaba acostumbrada a ver renacer el jardín cada vez que Luz estaba cerca,

pero así y todo nunca dejaba de admirar el hermoso espectáculo de la naturaleza.

—Extrañaré estos momentos contigo, Luz. Pero vendré a visitarlos.

—¿Ester, nos querremos siempre, verdad?

—Nada podrá separarnos, hermanita...

Se abrazaron, y descansaron entre las rosas que parecían acariciarlas a su alrededor.

Cuando Ester despertó, estaba sola en el jardín. Al levantar la vista, una sonrisa se dibujó en su cara al ver que el Conde se encontraba frente a ella. Se paró y aferró a sus brazos, él la recibió encantado. Ester era la única persona por la que se cuestionaba sus propios planes sintiéndose culpable. De algún modo sus proyectos estaban peligrando. Pero intuía que tal vez algo podía salvarlo y debía saber qué era a toda costa.

—Pronto nos casaremos, Ester. Te convertirás en mi Condesa. Pero el príncipe se casa antes que nosotros.

—¿El príncipe?

—¿Aún no lo sabes? Sientes las campanas, el rey está en el pueblo. Tu hermana Luz será la próxima princesa de este reino

—dijo con cierta malicia el Conde Damon.

—¿El príncipe y Luz?

—Estoy muy feliz por mi primo, por fin ha encontrado el amor, como yo, o mejor dicho, como nosotros. Pero...he visto algo muy peculiar en tu hermana, es como si diera vida a la naturaleza... ¿Tú sabes algo al respecto? —preguntó el Conde Damon.

Ester sintió que estaba entrando en un terreno peligroso con esa conversación, pero no podía esconder para siempre el secreto de Luz, además el conde la amaba y nunca haría nada que pudiera lastimarla a ella ni a su familia. Pero también re-

cordó que había hecho una promesa, y una promesa como esa nunca debía romperse.

—Estás equivocado, Damon —Ester agachó la cabeza y comenzó a jugar nerviosa con sus manos.

—No debes mentirle a tu futuro esposo, querida...

—Yo...no sé de qué hablas...

—¿Estás segura? Porque estás temblando...Puedes confiar en mí, yo te amo, Ester. Dime lo que está pasando y te protegeré de cualquier mal que pueda acontecer.



CAPÍTULO V

Emboscada

El día del encuentro llegó. Luz montó su caballo y cabalgando raudamente partió hacia el valle donde se encontraría con Edric, que la esperaba en una especie de acantilado.

Poco después, llegada a aquella región, ya podía ver al príncipe. Luz desmontó del caballo y ambos se buscaron fundiéndose en un caluroso, pero a su vez nostálgico abrazo.

Edric le acarició el rostro corrigiéndole el cabello y la besó tí-

midamente; Luz cerró los ojos y se dejó llevar por el deseo.

Aquel fue un momento especial, era el primer beso de amor.

Se miraron dejando escapar ambos un suspiro, se tomaron de la mano y decidieron dar un paseo.

Al cabo de un rato se sentaron a la sombra de un árbol, mucho más allá se podía apreciar el mar. De pronto, Luz le preguntó:

—¿Tienes sueños, Edric?

Al parecer, él necesitó pensar su respuesta.

—Deseo proteger mi reino —dijo luego con firmeza—.

Cuando me convierta en rey conquistaré otros territorios y li-

beraré a mi pueblo del miedo y de las batallas. La expansión es una necesidad que nos protegerá.

—Pero las conquistas traen muerte y pobreza —pensó en voz alta Luz, ante la contundente respuesta del príncipe.

—Es el deber de un rey proteger su reino. Estamos continuamente amenazados por los reinos vecinos, si no conquistamos, seremos conquistados y pereceremos de igual modo. La guerra es inevitable. Y tú, Luz, ¿También tienes sueños?

—Sueño y deseo que mi familia esté segura y feliz, que estemos protegidos.

—¿Eso significa que te casarás conmigo? He hablado con mis padres.

—Mi hermana Ester...

—Debemos hacerlo antes que ella y el Conde.

Fue entonces cuando Luz entendió que Edric ya conocía los planes de Damon.

—¿Y qué hay de mi hermana?

—Es una guerra, Luz. Él escogió a Ester para después revelarse, la esposa de un traidor no puede ser perdonada.

—¡Pero puedes impedir el matrimonio!

—No puedo hacerlo, porque eso pondría a Damon en alerta. Él no sabe que imagino sus planes. Todos estos años siempre he sabido que este día llegaría, pero no pensé que me enamoraría de ti, la hermana de la mujer con la que mi primo piensa casarse para traicionarme. He tenido la esperanza de verlo arrepentido, pero los años sólo han agudizado su deseo de codiciar el reino, reino que es mío por derecho.

Entonces Luz se apartó de él con el corazón comprometido.

—No puedo renunciar a mi hermana, Edric —dijo Luz, rozando sus manos sudorosas por la situación.

—¿Crees que ella haría lo mismo por ti? —le preguntó severamente Edric.

Luz le dio vuelta la cara y miró hacia el mar. La brisa salada rozó su rostro que ahora reflejaba el dolor que ella sentía en el alma. Con un profundo suspiro cerró sus ojos y una lá-

grima rodó por su mejilla.

—Algo nos une más allá de la familia —respondió se-cándose la lágrima—. No puedo traicionar nuestros recuerdos.

No puedo casarme contigo y abandonarla. Haré lo posible por salvarla.

—Te equivocas Luz, ya no puedes renunciar a este compromiso. Los reyes han anunciado nuestra boda. La ceremonia es inminente. Todos los matrimonios de los nobles serán realizados después del nuestro. El ejército ya está informado de las acciones a tomar. Apenas suenan las campanas de la iglesia, atacarán el castillo del Conde. Damon y Ester ya están comprometidos y unidos por lazos que no pueden ser rotos, el pueblo no tendrá piedad... aun si no están casados.

—¡No puedo casarme contigo! Hay algo que no sabes de mí...

—Te equivocas. Te vi en el jardín el día del compromiso, tienes algo sobrenatural en ti que me atrae como nadie más, todo brilla a tu alrededor, mi hermosa reina Luz.

—Aun así ¿no temes que sea un monstruo?

—Alguien que se preocupa por el bien de su familia, que trata de defender a Ester, ¿crees que alguien así puede ser un monstruo?, claro que no eres un monstruo —el Príncipe dejó escapar un suspiro—. No puedes negarte a mí, Luz...

Luz lo miró con desesperación y empezó a retroceder hasta salir corriendo en búsqueda de su caballo. Al llegar

montó diestra el animal y cabalgó a toda prisa por los caminos del bosque, tratando de llegar a su hermana lo antes posible.

No muy lejos de allí, Ester recibió a un enviado del palacio que llegaba con una carta de la Realeza para ella. Con prisa lo despidió e ingresó a su casa para leerla, anunciaba el compromiso y matrimonio en pocos días. Damon, quien estaba en el lugar, les dijo que Luz estaba en camino a la iglesia donde la esperaba Edric para hacer la proclamación; Filipp y Elisabet se prepararon de inmediato y poco después, Ester y sus padres subieron a su carruaje, y Demon al suyo, marchando todos hacia la iglesia.

Sin embargo, algo parecía no comprender la mente de Ester y se preguntaba: ¿Por qué Luz iría sola, algo tan poco común en ella? Además, Artur estaba de cacería, entonces

¿Cómo era posible que el príncipe estuviera en la iglesia? Y

en todo caso, ¿Por qué no esperar un poco más? ¿Se habría detenido la cacería por el anuncio del matrimonio? Todo era una confusión de ideas que no cerraban en la mente de Ester.

Pasado un rato, sólo el carruaje de la familia Henderson llegó a cercanas puertas de la iglesia. Ester acercó el rostro a la ventanilla de su coche y buscó con la mirada el carruaje de Demon, pero no lo encontró. El Conde le había dicho que los seguiría de cerca. En su pecho, Ester empezó

a sentir culpa ¿Y

si sus palabras habían cambiado algo en el corazón del Conde?

Entonces, a pesar de estar cerca de la Iglesia, Ester le pidió al cochero regresar. Sus padres la miraron asombrados. Algo le decía que Luz no estaba en la iglesia, ella nunca se hubiera ido sin esperar a sus padres.

El rey llegó con una pequeña escolta a la casa de los Henderson y la encontró cerrada. Parecía deshabitada. Luego vio

al Conde salir del jardín a un lado de la casa, las flores yacían cortadas, todo estaba destruido.

—Debemos hablar, Majestad —dijo el Conde reverenciándolo.

Edric fue tras los pasos de Luz pero no conocía aquellos parajes tan bien como ella. A ese ritmo todos sabrían que la cacería era sólo una excusa para entretener al Conde mientras se hacía el anuncio Real.

Luz llegó por la parte trasera de su casa, y entró por la puerta que la comunicaba con el establo. Al ingresar observó la cocina desierta, luego recorrió otros lugares de la casa pero ni sus padres, ni sus hermanos, ni los sirvientes estaban en la casa. Pensó que tal vez era demasiado tarde o que quizás los habían arrestados a todos. Pero se quedó anonadada cuando miró hacia el jardín, y temió lo peor. No había nadie alrededor. Salió corriendo hacia el lugar y caminó entre las rosas que yacían apiladas en la tierra. Un llanto desgarrador le urgió del pecho y se dejó caer de rodillas entre las plantas.

A pocos pasos de ella, escondido entre los arbustos, el rey observaba la escena sin comprender las intenciones del conde.

Cuando se quiso levantar para interrumpir tal acto mezquino por parte de su sobrino contra la prometida de su hijo, algo cambió repentinamente sus pensamientos, todo por la visión de imágenes que afirmaban las terribles acusaciones del conde.





CAPÍTULO VI

Sin escapatoria

Las lágrimas que caían de los ojos de Luz mojaron la tierra, su dolor fue tan profundo que todo a su alrededor empezó a secarse. La hierba se convirtió en paja seca y las flores se volvieron negras en sus manos. Al levantar la vista, el miedo se apoderó de ella al ver al rey y sus súbditos que la observaban con ojos llenos de terror.

—¡Una bruja! ¡Arresten a la bruja! —ordenó el monarca con su gruesa voz.

El rey perdió su mirada en Luz, su rostro reflejaba un triste recuerdo, por lo que se palpó su atuendo y de un bolsillo sacó un pequeño diario de tapa roja; el papel estaba algo amarillento y muy arrugado, pero aún así se observaban algunos diseños. El monarca lo apretó con rabia y dolor. Aquel diario guardaba los secretos más íntimos de su ex-esposa, quien había muerto a raíz de una extraña enfermedad contraída tras haber visitado una misteriosa fuente, ubicada cerca de uno de los jardines principales del palacio. Por tal motivo, días después el rey ordenó sellarla dado que en los pasillos del palacio y quizás también más allá, se rumoreaba que aquella fuente desprendía poderes sobrenaturales. Aun envuelto en recuerdos vulnera-

bles a su ser, el rey irguió su cabeza reflejando orgullo y poder, y se expresó apuntando con su mano libre a Luz que yacía de rodillas en la tierra.

—¡Esposen a la bruja! Será decapitada en plaza pública

—aseguró el rey.

Luz fue reducida por la guardia Real y su mundo se desvaneció. A sus espaldas, el conde sonreía perverso, en momentos en que el carruaje que transportaba a Ester y a sus padres llegaba a toda prisa. Los tres se bajaron de inmediato.

—¡Majestad! —gritó Ester desesperada, al mismo tiempo que su madre se desmayaba y era tomada en brazos por su marido. Ester corrió hacia el rey, el conde trató de impedir su intromisión, pero ella lo eludió y se arrodilló suplicando.

—¡Tenga piedad majestad! ¡Luz nunca ha dañado a ningún ser!

—¡Me pides que perdone la vida de una bruja! ¿Qué clase de insolencia es esa? —el rey alzó la mirada y lanzó un severo decreto:

—¡Todo aquél que proteja a la bruja, también será sentenciado a muerte!

—Majestad —interrumpió el conde acercándose—. debo confesarle algo. Mi prometida se siente acongojada por toda la situación, lo que la hace un poco vulnerable y la deja emocionalmente

inestable, majestad. Fue mi amada quien me confesó que su hermana tiene poderes que controlan las plantas.

Ester miró a Luz con rostro de arrepentimiento. Al ver los ojos de su hermana sintió que moría por dentro, ella sólo había confiado en su único amor, y éste había usado sus sentimientos para destruir a Luz; pero ¿por qué?...

Entonces la razón se abrió paso en su mente, su objetivo era evitar el matrimonio del príncipe, pues una vez casado se

convertiría en el nuevo rey. Por tal motivo quería casarse antes, porque codiciaba el reino de su primo.

—Luz, yo nunca te haría daño —lloró su hermana.

Pero Luz difícilmente le creería, estaba al borde de la muerte por su culpa. La guardia Real procedió a las órdenes del rey pero al momento de querer esposarla, Luz corrió a ciegas hacia el bosque, sin importar las consecuencias. En un primer momento los soldados se miraron desorientados, pero luego salieron corriendo tras los pasos de Luz.

Ante tan imprevisto desenlace, el conde dio órdenes se-cretas de informar al pueblo.

Ester yacía en el piso con lágrimas en los ojos, aún sin poder creer lo que estaba pasando. El príncipe llegó en el mismo instante que Artur, y ambos supieron de inmediato que algo terrible estaba sucediendo. Elisabet, un poco más recupe-rada aún en los brazos de su esposo, se abalanzó hacia su hijo y le rogó que protegiera a Luz. Él, sin perder tiempo, se dirigió hacia el bosque junto al príncipe. Sólo el conde quedaba junto a Ester, y cuando trató de acercarse a ella, la rabia respondió con un merecido rechazo haciéndolo a un lado, y Ester salió corriendo en la misma dirección por donde minutos antes había desaparecido Luz. Ignoró los gritos de Damon y las súplicas de su madre. Sólo se dejó llevar por lo que le indicaba su corazón.

Artur y Edric se dividieron dentro del bosque. Artur ca-minaba una zona de árboles apretados cuando una gruesa rama afilada se detuvo a centímetros de su cara, Luz respiraba agi-tada y asustada. No hicieron falta las palabras, Artur la envolvió en un fuerte abrazo protector, hasta que al escuchar varias pi-sadas cercanas la separó diciendo.

—¡Vete de aquí, debes escapar! —arengó Artur, y le dio a Luz su puñal, desenvainando él la espada.

—Pero...

—¡Sin peros, vete ya!

Ella asintió nerviosa con la cabeza y salió disparada hacia el sendero, pero tras una cortina de intuitivos pensamientos, se detuvo y volvió por su hermano Artur, y cuando llegó al lugar vio que se batía a duelo con los guardias de la Realeza, y que un puñal buscaba impactarlo por la espalda y para impedirlo, Luz lanzó el suyo hacia el agresor clavándoselo en el cuello; corrió entonces hacia el enemigo caído, y tomó su espada sumándose al combate en defensa de su hermano Artur,

que había sufrido un corte en su brazo hábil y tenía dificultades para sostener su arma. Aún así, ambos lucharon con valentía acabando con los enemigos. Artur se rasgó un pedazo de chaqueta con la que Luz le cubrió el brazo herido. Él quiso dejarla ir pero su hermana se negó rotundamente.

Salieron al acantilado, podían tomar un pequeño sendero entre las rocas para escapar, pero fue entonces cuando Luz divisó el fuego de varias antorchas, y un coro de feroces voces que gritaban “Muerte a la bruja”.

Luz sentía la necesidad de proteger a su familia aún si de ello dependía su vida. Podía escuchar los cercanos cascos de los caballos y los murmullos de un grupo de campesinos. Algunos se les aparecieron de frente sorpresivamente y cuando se dieron vuelta para escapar, se vieron rápidamente acorralados por otro grupo de soldados liderados por el rey. Ester llegó en el momento justo en que entre el grupo de soldados y de campesinos, acorralaban a sus hermanos contra la pared del acantilado.

Bajo la mirada del anochecer, Artur alzó su espada contra la masa que los empujaban amenazantes. Ester gritaba que no les hicieran daño y quizás alertado por aquellos gritos, Edric

llegó para detener a su padre antes de que diera la orden de ataque. Sin embargo, al verlo, el rey les ordenó a los soldados que lo detuvieran, asegurando que su hijo había caído bajo el hechizo de la bruja. De pronto el cielo se empezó a oscurecer como si una tormenta se avecinara. Los campesinos continuaban murmurando palabras despreciativas hacia Luz que los miraba con un dejo de tristeza; los mismos que días atrás la saludaban con aprecio y admiración ahora la consideraban un monstruo. Los pobladores tenían sin duda demasiado miedo a lo desconocido, no podían razonar que sólo fuera diferente, por lo que entendían que era mejor eliminarla. Ester intentó acercarse, pero el conde se lo impidió. El rey dio entonces una sugerencia:

—¡Si te entregas, perdonaré la vida de tu familia, te doy mi palabra!

Luz sabía lo que significaba entregarse, sin embargo, no tuvo miedo.

—¡No, no lo hagas, Luz! —pidió desesperado Artur. Luz sólo fue consciente de las lágrimas que derramaba su ahora presente madre que había llegado al lugar en compañía de su marido, y del dolor en los ojos de Ester.

—Querido Artur, nada podrá separarnos aunque yo acepte el decreto de su majestad, gracias por su misericordia.

—¡No! —gritaron con todas sus fuerzas todos aquéllos que la querían.

Pero ella estaba decidida. Se acercó al vacío. El cuerpo le temblaba y el miedo le apesaba la garganta. Observó las olas que lejanas rompían contra las rocas y la acogían con su melodía. Luego se dio vuelta, miró a cada uno de sus familiares, y con una sonrisa en los labios se dejó caer al vacío.



CAPÍTULO VII

De regreso a su naturaleza

Aún podía ver el crepúsculo mientras las olas la envolvían.

No fue doloroso como imaginaba y el miedo fue perdiendo sentido. Fue como llegar de un largo viaje y caer en un sueño profundo. Lo que Luz no percibía era que su vida como humana había terminado.

Al caer al mar y penetrar en lo profundo de las cálidas aguas su corazón dejó de latir, y fue entonces que decenas de burbujas se envolvieron entorno a ella. Los últimos rayos del sol se infiltraron en la profundidad de las aguas y acariciaron su cuerpo inerte, su cabello se tornó de un blanco brillante, y fue cubierta por un hermoso manto del mismo color del cielo reflejado en el mar. Una serie de algas se despegaron del fondo del océano y se enredaron en sus pies convirtiéndose en hermosas sandalias. El rubí en su collar quebró la piedra dejándose ver en todo su esplendor, luego se enrolló en su frente dando forma a una corona de espinas puntiagudas. Por último, de su espalda vislumbraron dos grandes alas que desprendían pequeñas partículas luminosas al aletear. Blancas y delicadas como el pétalo de una flor, las alas la cobijaron, llevaba años

reteniéndolas dentro de sí. Por primera vez sus alas eran libres de mostrarse. Su piel se volvió todavía más blanca y sus labios se colorearon de un rosado pálido. Fue entonces que recordó; eran como imágenes borrosas que aparecían en su mente, hasta que sintió una voz que la guiaba diciendo: “Aunque esa niña no creció en su mundo, su corazón responde como una reina. Mi querida Luz, reina de las hadas”. Las hadas tenían el poder de transmitir de generación en generación los recuerdos de sus antepasados, y ahí fue donde Luz vio a quien fuera su natural madre. Tan bella, tan guerrera, era capaz de guardar aún recuerdos de su madre, e incluso de su padre. Pero ¿Y ese niño de alas negras y rostro hermoso? Sin saber la razón, él también estaba allí en sus recuerdos. También vio el sufrimiento de la guerra y la pasión prohibida que movió al rey de la Oscuridad.

Todos los recuerdos fueron tan fugaces que imaginó que eran sus últimos suspiros. Sin embargo, una voz la atormentaba perturbando su sueño. Un lamento lleno de agonía que hacía vibrar su corazón.

Allí donde se encontraba, reconoció en el lamento la voz de su hermana Ester. Un suspiro le entró en el alma, haciéndola abrir los ojos y ver convertido eso que creía un sueño en algo real, pues yacía en el fondo del mar, envuelta en una especie de luz que iluminaba todo en derredor, cobijada en aquellas hermosas alas primaverales.

Ester caminó hacia el borde del acantilado y miró hacia el mar buscando algún rastro de Luz. Artur le dio la espalda diciendo:

—Tú eres la culpable.

El conde la siguió, pero ella estaba desilusionada de él y no deseaba hablarle. Los pobladores empezaron a murmurar

buscando dispersarse, fue entonces cuando descubrieron que el bosque no era el mismo, parecía como si hubiera algo tenebroso en él, y un sorpresivo viento alzó pétalos de diferentes flores que se arrastraron en dirección del mar, y más tarde desaparecieron entre las olas. Elisabet lloraba desesperada. El rey simplemente se mostraba satisfecho de la situación. Ester se arrodilló al borde del acantilado y lloró amargamente por la vida de Luz, su familia nunca la perdonaría, o tal vez ella no se perdonaría jamás, qué sentido tenía la vida. Terminaría casada con el hombre que provocó la muerte de su hermana. El amor era tan doloroso que deseaba con todas sus fuerzas arrancarlo de su pecho cual espina fuese.

—Perdóname, Luz. Prometimos querernos siempre, no es demasiado tarde.

Entonces, sin que nadie lo esperase, la joven siguió los pasos de su hermana y se dejó caer al vacío.

El conde no podía creer lo que veía, intentó inútilmente querer alcanzarla, ya era demasiado tarde. Él había pensado que Ester envidiaba la belleza de su hermana Luz, en el fondo tenía por seguro que ella deseaba su muerte. Sin embargo, un dolor profundo le apretó el pecho al comprender que su ambición había terminado por arrebatarse la vida a la mujer que amaba.

Filipp colapsó junto a Elisabet, mientras Artur se llevaba las manos a la cabeza. Damon no valoró la fiereza del amor entre ambas hermanas, lazos que intentó romper sin éxito.

Pero en el fondo del océano, Luz presintió el lamento de Ester, movió un poco sus alas y emergió del mar a toda prisa en tanto los pétalos de las flores del bosque se adherían a su vestido. Atrapó a Ester en el aire poco antes de que ésta impactase en el mar. El rey no cumplió la promesa de perdonar a su

familia y su corazón se llenó de cólera. Ester abrió los ojos y se encontró envuelta en los brazos de Luz, su rostro se arrugó en lágrimas y acarició la mejilla de Luz.

—¿Estamos en el cielo, Luz?

—No, querida, estás a salvo —respondió Luz, y Ester se desmayó en sus brazos.

Luz se apareció de pronto y para sorpresa de todos junto al borde del acantilado con Ester en brazos, y el bosque se iluminó por completo. Las nubes se dispersaron y el anochecer se aclaró de golpe, sus alas resplandecieron y desprendieron partículas que revoloteaban en el viento creando una barrera a sus espaldas.

La multitud quedó anonadada. No podían temer a una criatura tan hermosa, algunos pensaron que era un ángel, otros tantos que era una ninfa del bosque. Por un momento parecían olvidar que entre sus brazos yacía Ester.

—Ha roto su promesa, Majestad, mi hermana estuvo a punto de morir —dijo Luz llevada por la rabia. Se acercó unos pasos y dejó a Ester sobre la hierba, y dirigiéndose al rey alzó una mano; entonces una comunidad de espinas surgió de la tierra y las personas empezaron a temer.

—Volveré toda esta región ardida e invisible. Su reino no será más que un desierto.

La masa de gente se inclinó ante ella pidiendo piedad, pero su corazón no deseaba perdonar a quienes la habían con-denado sin piedad alguna. Entonces el Conde se arrodilló ante ella.

—Fui yo quien provocó esta situación, señorita Luz, le ruego que perdone al pueblo.

—Soy la reina de las hadas —dijo con voz firme—. Ahora comprendo por qué no tenemos contacto con ustedes los hu-

manos. Porque ustedes se creen una especie con el poder de hacer daño a quien es diferente. No les importa si hace el bien o el mal, se ciegan en la luz, y el corazón se les ilumina con oscuridad. No merecen piedad, ¿Acaso alguno de ustedes la tuvo conmigo?

Después de pronunciar esas palabras, Luz creó una barrera de espinas con la intención de que ninguno de los presentes saliera impune. Entonces Ester regresó en sí y se acercó a ella, suplicando.

—Hermana, yo te conozco y sé quien eres —dijo Ester entre sollozos— ¿Recuerdas nuestro jardín y cuando solíamos quedarnos horas y horas hablando con las flores? Tú me ense-

ñaste a creer, me mostraste tu pureza, por favor, no seas como los que nos hicieron daño.

Edric la observaba lleno de temor, la mujer que amaba no se parecía en nada a la que tenía en frente y dio unos pasos hacia atrás por primera vez, temiendo al ser en que se había convertido. Luz, al ver la mirada de sus padres comprendió que le temían. No quería sentirse un monstruo. Se calmó un poco, y fue entonces que de las espinas surgieron mágicamente hermosas flores que se enrollaron en la maleza desapareciendo el peligro.

Los campesinos, atolondrados se inclinaron ante ella, hasta el mismísimo rey tuvo que agachar la cabeza con vergüenza. Las partículas brillantes de sus alas abrieron un portal enorme a la altura del mar dejando ver otras tierras; una escalera de cristal se creó desde el borde del acantilado hasta llegar al portal. Todos enmudecieron al ver salir de allí a varias criaturas similares a Luz,

inclinándose ante ella por ser su reina, el portal los había alertado sobre su presencia. Sus poderes des-bloqueados ya no podían esconderse.

—Alteza, por años hemos esperado su regreso. Sabíamos que su padre la iba a proteger. Es hora de que vuelva con nosotros, este no es su mundo.

Elisabet y Pilipp dieron un paso hacia delante y Luz se acercó a ellos. Artur, aún herido la miró con ternura. Luz se inclinó hacia él y pasó una mano sobre sus heridas; los cortes desaparecieron y pudo ayudarlo a levantarse.

—Debes cuidarte, las heridas internas aún permanecerán un tiempo, recoge las rosas del jardín, te ayudarán a estar mejor.

—¿En verdad te vas? —preguntaron todos al unísono.

—Tardé mucho tiempo en comprenderlo, pero ahora que lo tengo bien claro, debo marcharme. Este no es mi mundo, aunque en él guardo los mejores y más tiernos recuerdos, que son los que llevaré siempre en mi corazón. Madre, padre, queridos hermanos, aunque no llevemos la misma sangre, una parte de mí me dice que son y serán por siempre mi familia.

Gracias por todo el amor que me dieron y si algún día extrañan mi ausencia, visiten el jardín, allí podrán sentir mi presencia entre las flores.

—Pero ¿qué sucederá si deseo hablar contigo? ¿Y si necesito uno de los tantos consejos que me dabas? O si... —preguntó Ester tartamudeando.

—Ester, ven hacia mí, querida hermana —dijo la reina de las hadas—. Ustedes son mi familia y serán siempre bienvenidos en mi original mundo.

—Pero y el compromiso con Edric...

—La respuesta a tu pregunta, es la siguiente: Luz falleció durante su caída, por lo que ella yacerá por siempre en aquellas aguas cálidas. En su lugar, regresó la reina de las hadas, quien valorará este compromiso en el futuro...

Uno de sus súbditos dio un paso al frente y declaró.

—Alteza, nunca nos habíamos mostrado ante los humanos. En las reglas ancestrales sólo los humanos de corazón puro pueden viajar a nuestro mundo.

—¿Estás diciendo que no pueden venir? Estos humanos me han acogido en su seno sin importarles quién era ni lo que era. Ellos me vieron como otro miembro de la familia y se preocuparon e hicieron posible que mi vida fuera feliz —dijo la reina de las hadas en tono solemne.

—Lo siento, Majestad...

—¡Escuchadme todos, si no fueran por estas estrictas reglas, el rey de la Oscuridad nunca se hubiera revelado! Además, antes de mí nunca se había visto que un hada pudiera vivir entre los

humanos, sin embargo, yo lo he hecho.

Luz tomó unas rosas que habían nacido de las espinas y se las entregó a su madre.

—Tendrás el jardín más hermoso de todos los reinos.

Luego abrazó a Ester y dejó que llorara en su hombro.

Hasta que con las dos manos acarició las mejillas de Ester y le dijo muy tiernamente.

—¿Por qué tanta preocupación, mi querida hermana? Ya pasó y no hay nada que perdonar. Ester, siempre estaremos juntas.

Después de despedirse de sus familiares, Luz caminó hacia las escaleras, se detuvo de pronto a mitad de camino, se volteó y buscó a Edric con la mirada.

—Volveré... —le aseguró.

Y la noche se quedó limpia y estrellada cuando desapareció el portal. Los campesinos no recordaban absolutamente nada de lo sucedido y se marcharon sin saber cómo habían

terminado allí. Pero el rey, el príncipe, el conde, y la familia Henderson, se quedaron mirando el horizonte, reviviendo la majestuosidad de Luz, *el hada perdida...*

FIN

Document Outline

- [CAPÍTULO I: La división del reino](#)
- [CAPÍTULO II: En diálogo con la naturaleza](#)
- [CAPÍTULO III: Un primer acercamiento](#)
- [CAPÍTULO IV: Buscando revelar el secreto](#)
- [CAPÍTULO V: Emboscada](#)
- [CAPÍTULO VI: Sin escapatoria](#)
- [CAPÍTULO VII: De regreso a su naturaleza](#)